

8. **Situación de los pueblos desde el punto de vista del derecho, y misión de la Iglesia.**—De todo esto resulta que, desde el simple punto de vista del derecho internacional, tiene ya la Iglesia derecho á existir, derecho á ser tratada con consideración, derecho á que se respeten sus derechos, y derecho á que los tratados concertados con ella sean tanto mejor observados cuanto que menos puede devolver injusticia por injusticia, y violencia por violencia.

Más todavía. Si el derecho internacional hace pensar constantemente en la paz perpetua; si estos esfuerzos no llevan trazas de lograr el éxito allí donde la religión y la moral no son invocados como principios conductores; si todos los esfuerzos de los Estados aislados para asegurar una situación pacífica son infructuosos, porque son un partido; si los hombres privados y las asociaciones privadas tampoco tienen esperanzas de lograr el éxito, porque les falta la autoridad, claro está que la empresa natural de encargarse de la mediación para la paz incumbe, según los principios del derecho internacional, á esa potencia que está ya revestida de esa autoridad universal igual para todos los Estados, sin que, no obstante, rivalice con ninguno y que en ninguna parte toma partido por las cosas del mundo, esa potencia á la cual ha sido confiada la guarda de la moral y de la religión: la Iglesia.

## APÉNDICE

### CONCEPCIÓN MEDIOEVAL DEL DERECHO POLÍTICO Y DEL INTERNACIONAL (1)

1. **División actual de los pueblos.**—Una prueba evidente de que, no sólo como individuos, son pecadores los hombres, sino que todo el género humano sufre de una corrupción profunda, nos la ofrece el triste hecho de que siempre que se constituye una asociación de hombres más ó menos grande, se pone inmediatamente en pie de guerra contra el resto de la humanidad. Diríase que es un deber para todo conjunto político algo considerable conducirse como enemigo contra todo lo que vive á su lado, aun contra la humanidad entera. Apenas una comunidad ha vencido sus primeras dificultades, apenas comienza á creer que es algo, cuando rechaza todo lo que no forma parte de ella. (2) Cuanto más se engrandece un Estado, más tentado se siente—y aun podríamos decir más obligado—á representar el papel de perturbador de la paz, y con más desconfianza le miran sus vecinos. Nadie se atreve á entregarse al descanso sin proveerse de un puñal. Salomón podía dormir entre sesenta héroes, armados de espadas para defenderle en caso de sorpresa nocturna; (3)

(1) V. sobre este punto Zachariä, *Vierzig Bücher vom Staate*, (2) V, 173-234.

(2) Cf. Thucydides, 1, 3, 3, en donde dice que los extranjeros no llevan en Homero el nombre de bárbaros, porque todavía los griegos no se llamaban todos helenos, ni se consideraban, por consiguiente, como un pueblo. Esta observación es importante, porque se ve que la división de la humanidad, «la guerra de todos contra todos,» no existió en todas partes tan pronto como muchos creen, y mucho menos que fuese «el estado natural» de la humanidad.

(3) Cant., III, 7, 8.



ahora, millares de hombres están armados hasta los dientes, de un extremo á otro del año, como si se tratase á cada momento de detener una invasión turca.

Se comprende fácilmente. Cada nación, cada comunidad política, tiene intereses particulares, que desea realizar, no en común con las demás, no únicamente por sí misma, sino en guerra abierta ó secreta contra todas. Todos conocen esta situación, y, no obstante, procuran engañarse por medio de los más costosos y hábiles juegos de manos. Saben que todos los medios les son buenos para alcanzar sus fines particulares. No pierden ocasión de darse seguridades de fidelidad recíproca, aun allí donde no hay lugar á ello, signo evidente de que no se creen los unos á los otros, y sobre todo, de que no creen en sus propias palabras. Cada uno considera que le han robado lo que los otros poseen. Cada éxito de un Estado extranjero es considerado como un ataque á su propia patria. Sólo debilitando al país extranjero, creen en seguridad su propia patria.

Las cosas han ido tan lejos, que gentes sólidamente instruídas creen poder declarar, como completo estado natural, esa lucha por la existencia, esa guerra de todos contra todos. Ahora bien, esto no puede ser así, del mismo modo que las ruinas de una ciudad devastada no son el estado natural de esta ciudad, del mismo modo que un huracán no es el estado natural de la atmósfera. En semejante disolución de la humanidad en átomos que luchan todos entre sí, la expresión humanidad es una pura ironía. Nadie dudará de que, en realidad, hace ya muchos siglos que la situación del mundo se aproxima mucho á semejante concepción. <sup>(1)</sup>

No sólo no nos hemos elevado por encima del punto de vista de la antigüedad, sino que estamos por debajo de él. Verdad es que ya no empleamos la palabra bárbaros con relación á los que respiran el aire del cielo más allá de

(1) V. *Mission actuelle des souverains*. Por uno de ellos, (2), París, 1882, 371 y sig., 392 y sig.

nuestras fronteras, pero entre nosotros, hombres civilizados, las palabras razas y naciones son casi equivalentes. Sin embargo, difícil sería decir en qué se distingue nuestro principio de nacionalidad de la bárbara teoría de los antiguos. Germanos y romanos, magyares, tcheques, croatas, slovenos, irlandeses, anglosajones, rusos, polacos, rutenos franceses, italianos, alemanes del sur, alemanes del norte, rumanos, helenos, y primeramente arios y semitas, nombres son todos, que, no sólo electrizan á millares de hombres, sino que los inflaman de terrible cólera, los impulsan hasta la injuria, hasta el envilecimiento, hasta el desprecio, y, con suma facilidad, á actos sangrientos de violencia. <sup>(1)</sup>

No poseemos más que en ediciones distintas las conquistas y los bienes más sagrados de la humanidad. Hay una ciencia alemana, sólo accesible al pueblo que se mueve en torno de las arenas del Spree y á sus partidarios; hay una gloria francesa, que los miembros de la gran nación, marchando á la cabeza de la civilización, han monopolizado para su uso particular; hay una vida húngara, como no se encuentra otra igual en parte alguna; una libertad americana, no bien comprendida en Europa; una virtud femenina, puramente inglesa, sin temor de que se imite en país extraño.

Todo esto es tan mezquino, y tan infantil á veces, que debería ponerse en ridículo, si un mal espíritu no fuese de ello el verdadero resorte. Esto nos muestra cuán verdad es lo que dijimos antes, <sup>(2)</sup> á saber, que también hay crímenes sociales. Tratamos aquí con verdaderos pecados, con pecados mortales de los pueblos y partidos, pecados mortales que los pueblos y partidos tienen que expiar.

(1) El rey, cuyo testimonio hemos invocado tantas veces, califica con términos más fuertes que los que nos atreveríamos á usar todo el sistema gubernamental moderno y toda la política imperante, pues dice que es un sistema absurdo é ilegal, la causa de todas nuestras guerras y revoluciones, una verdadera ladronera, una bellaquería diplomática, la constitución del mal permanente, la organización de una lucha á mano armada por la existencia. *Mission actuelle des souverains*, por uno de ellos, 370, 386.

(2) Véase más arriba, XXVII, 4.



Esa difamación, ese menosprecio, esa burla, esa calumnia, provienen de un egoísmo que llega hasta el odio del prójimo, y de un orgullo que llega hasta odiar á Dios. Hace unos cuarenta años que preguntaba un escritor, bromeando con los miembros de las sociedades de gimnasia y de la liga de la virtud, si, al tronar contra la inmoralidad romana y la religión, querían retrotraer el mundo á la selva de Teutoburgo y restablecer los sacrificios sangrientos de Wodan. <sup>(1)</sup> Desgraciadamente, no hizo más que decir la amarga verdad. Este patriotismo al revés, de tal modo toma en serio su causa, que aun hoy día—como dice Voss—no puede perdonar al Cristianismo el haber hecho desaparecer el culto de Wodan, el dios germánico. Los antisemitas alemanes, que explotan el odio universal contra los judíos sólo para hacer impopular y odiosa la religión, no reparan en decir que quieren ser alemanes, pero no cristianos, ya que el mismo Jesucristo fué también judío, y declaran con franqueza en su programa de 12 de Septiembre de 1894, que quieren reemplazar la religión cristiana, cuyo fundamento está en el judaísmo, por la fe de nuestros padres, es decir, por la idolatría pagana.

De aquí nuestra penosa impresión, cuando oímos esas frases inhumanas y anticristianas, por no decir impías, relativas á la virtud alemana, al espíritu alemán, á la fuerza alemana y á la moral alemana. Mucho tememos que semejante glorificación personal sea fuertemente castigada, y que Dios, que no conoce diferencias entre griegos y judíos, pues todos han pecado y están sin honor ante él, <sup>(2)</sup> cumpla las palabras: «Quiero arrebatat los peores de los pueblos para poner fin á esta soberbia». <sup>(3)</sup>

Desgraciadamente, todos los pueblos son iguales bajo este concepto. Si nos aflige profundamente á nosotros los alemanes el vernos obligados á lamentar semejante des-

(1) Jarcke, *Prinzipienfragen*, 441.

(2) Rom., III, 21 y sig.; X, 12.

(3) Ez. VII, 24; XXX, 12; XXXIII, 16; XXXIX, 7, 21.

gracia en nuestro querido pueblo, no nos aflige menos el ver que, bajo este concepto, franceses é italianos, eslavos y húngaros, ingleses y americanos, con frecuencia son todavía más mezquinos y más exagerados contra la humanidad, y cómo el género humano peca contra la religión y la razón.

Semejante miseria no se aclimató en Europa hasta el siglo XIV, si bien habían aparecido ya signos precursores de ella en el momento de la caída del Imperio cristiano, gracias al orgullo de los Hohenstaufen.

Walter de Vogelweide y sus discípulos entonaban ya, en todos los tonos de la escala, esa canción horrible, que con tanta frecuencia ha sido luego repetida por sus sucesores: «¡Una sola Alemania, Alemania lo es todo, alemanes bien educados, alemanes verdaderos ángeles, una naturaleza alemana sin igual. Alemania única, y nada fuera de ella!» Decimos una canción horrible, porque es una bella canción que el alemán cante: *¡Deutschland über alles!* «¡Alemania por encima de todo!», ya que á su vez también puede cantar el francés: «¡Francia por encima de todo!», y el uno puede regocijarse del amor que el otro profesa á su patria, como cada uno se regocija del amor con que cada uno ama á su patria. Pero la canción: «¡Únicamente Alemania!», «¡Únicamente Francia!», no es una hermosa canción. El hijo del país no puede encontrar placer en ella, y el vecino no puede vivir en paz. Esto no es ya patriotismo; es orgullo, es menosprecio, es el ataque contra todo. <sup>(1)</sup>

Así se sentía ya esto en aquella época. De aquí que semejante conducta produjese en los welsches irritados y despreciados, una literatura antialemana que nada deja

(1) *Der Meissner* (14, 2; Hagen, *Minnesinger*, III, 102) dice muy bien: «¡Oh! Alemania; si estás ahora en decadencia, si ya no tienes emperador, culpa es de tu avidez; si el Imperio Romano está huérfano de ti, tuya es la culpa. Podrías reinar cuanto quisieras, y te has reducido á servidumbre. Desgraciadamente, tu ambición ha perjudicado mucho al Imperio. Esos alemanes degenerados querían serlo todo; lo que á sus ojos no era alemán, no debía ser nada, y, ahora, ¡ni ellos mismos son nada!»



que desear en materia de amargura y de violencia. <sup>(1)</sup> Pero después que, por la astucia y las violencias de Felipe el Hermoso y las torpezas de Luís de Baviera, buen monarca, aunque muy mal dirigido, húbose privado á Alemania del apoyo del Pontificado, y, por el hecho mismo, de la soberanía sobre el mundo, semejante jactancia ha sido caramamente expiada. El Imperio Germánico, orgullo en otro tiempo de todos los pueblos de Occidente, convirtiéndose desde luego en objeto de su odio y más tarde de sus burlas. Mientras fué el Imperio Romano Germánico, los reyes de Francia y de Inglaterra buscaron en él ayuda y protección. Pero, después, lo desafiaba impunemente el primer advenedizo. Lo que Sebastián Münster dijo: «El águila romana desplumada sólo inspira piedad», <sup>(2)</sup> no fué más que la pura verdad.

Con la caída del Imperio, que era expresión del pensamiento unitario de otros tiempos, fué quebrantada en el mundo entero la antigua unidad, en la cual se encontraban muy á su gusto las partes aisladas. Ninguna nación puede obtener una supremacía completa, lo que ciertamente es una gran felicidad, porque ninguna la merece. Hoy, sólo están á la orden del día las discordias, los celos, las luchas y los odios nacionales. Las naciones incapaces, y que no quieren trabajar en común por una gran idea, se hunden por sí mismas. No pudiendo elevarse más, procuran por lo menos rebajar á las otras; desaparece el entusiasmo por las grandes empresas interiores y exteriores, y lo único que resta es el mezquino deseo de engrandecer á cualquier precio su poder propio. Las lenguas hasta ahora parientes, se fraccionan en dialectos ininteligibles; hállanse frente á frente las clases como enemigos mortales, y perecen por sí mismas, por cuanto les faltan grandes ideales y la unión con un todo nacional. La nobleza se convierte en llaga para el país, y la vida de las ciudades en

(1) V. ejemplos de Peire de la Caravane, Peire Vidal, Folquet de Marsella, en Hagen, *Min.*, IV, 5 y sig.

(2) Seb. Münster, *Kosmographie*, 247.

campo de hostilidades entre las corporaciones, y en refugio del espíritu de campanario. Las guerras fratricidas son frecuentes. ¡Cuánta sangre ha corrido entre Dinamarca y Suecia; entre Irlanda, Escocia é Inglaterra, entre Francia é Inglaterra, entre Francia y Aragón, entre Aragón y Castilla, entre Castilla y Portugal, y especialmente en Italia, Alemania, Bohemia, Polonia y Hungría! Aun en el caso de una invasión turca, se ríen todos de satisfacción á la idea de la ruina del vecino, y aun se ayuda al enemigo común.

**2. La Iglesia era en otros tiempos el centro de unión de los pueblos para constituir un imperio universal.**—¿De dónde proviene esta miseria? No es difícil decirlo. Falta un lazo que una en un solo todo á las partes divididas y les indique un trabajo común. Igual peligro cerníase sobre el mundo en la segunda mitad del siglo VIII y á mediados del siglo XI. Con su sed de hazañas sin freno y sin objeto, amenazábanse los pueblos con degollarse mutuamente para perderse en locas aventuras. Pero en aquellas épocas, el espíritu cristiano, no obstante todos los defectos del tiempo, era el cemento que unía á los pueblos entre sí, y de aquí que no fuese difícil á la Iglesia prestar su apoyo, cuando empezó á imperar la angustia.

Interviniendo en la vida del mundo, por modo unificante y pacificador, persiguió dos planes la Iglesia: uno cuyo fin quizás fué al principio algo nebuloso, y magnífico el segundo.

La primera empresa que emprendió la Iglesia consistió en establecer un Imperio que comprendiese todo el mundo cristiano, en darle, en el poder alemán que se dibujaba en el horizonte, sólida base nacional, y en hacer de él, con su estrecha unión á Roma, el centro del Cristianismo y un poder que abarcase á todas las naciones. Admitimos de buen grado que el Papa León III, que puso la corona en la cabeza de Carlomagno, quizás no pensó en toda la trascendencia de su acción; pero creemos también que no fué la simple política la que le movió á anticiparse á Carlo-



magno, y darle, contra su voluntad, lo que quizás hubiera preferido tomar por sí mismo. No hay que querer explicar por motivos puramente personales, aunque sean sublimes, lo que ha ocurrido siempre en los momentos más solemnes de la historia, y el que acabamos de citar es ciertamente uno de los más decisivos de la historia universal. No, no fué el genio superior del Papa el que se anticipó á Carlomagno, sino que fué el poder de la Iglesia el que ordenó al más grande de los emperadores que se arrodillase ante ella y recibiese de sus manos, en nombre de Dios, lo que Dios le había destinado. En aquel acto de gravedad excepcional, León fué tan instrumento como Carlomagno. Quien los guió á los dos fué el espíritu y la fuerza de Aquél que dirige á la Iglesia como dirige el corazón de los reyes y el curso de los ríos. El que crea poder explicarlo todo aquí según los principios de la política humana, que no se asombre si, en definitiva, no explica nada.

La segunda empresa, debida al genio poderoso de Gregorio VII, muestra una previsión y una política incomparablemente más grandiosas. Quiso aquel Papa dar al poder formidable de aquella monarquía universal que, á falta de un gran fin determinado, había atacado á la Iglesia, y, por el mismo hecho, puesto la mano sobre él mismo, un grandioso objeto de actividad en relación con ella. De aquí su designio de aniquilar al enemigo hereditario de la cristiandad por medio de todo el Occidente reunido, y de extender éste por el mundo entero, gracias á las misiones, de suerte tal que, con una cooperación bien calculada de todas las fuerzas eclesiásticas y laicas, el reino del mundo cristiano pudiese difundirse por la tierra entera.

Aquel objeto sublime no tuvo realización; el que lea la historia de las Cruzadas verá la causa de este fracaso. La más mezquina ambición, la sublevación de las pasiones más bajas contra el yugo del Cristianismo, casi hicieron inútiles todos los esfuerzos.

Pero los tiempos grandiosos de las guerras de religión y de las misiones de la Edad Media nos ofrecen tantos y

tan magníficos resultados, que vemos claramente lo que los pueblos cristianos hubieran podido realizar bajo la dirección de la Iglesia, y cuán fácil les hubiera sido llevar á cabo los últimos fines de su política, á saber, la constitución de una monarquía cristiana universal, por poco dignos que hubiesen sido de los grandes planes del Cristianismo. Si, no obstante, todas estas empresas no han realizado más que en parte los designios de la Iglesia, no muestran menos su poder, á causa de los grandes obstáculos que tuvieron que dominar.

**3. La Iglesia ha tenido siempre en cuenta todo lo nacional y propio de cada pueblo por el espíritu cristiano.**—La idea de un imperio cristiano universal se hubiera indudablemente realizado con más facilidad, si la Iglesia hubiera querido sacrificar las particularidades privadas para la unión del gran todo. Pero ella permaneció tan fiel á los principios del Cristianismo en el terreno de la política, como en la prosecución de su empresa moral. Jamás ha contrariado ella una inclinación legítima de la naturaleza, ni jamás ha perjudicado la formación libre de una particularidad natural.

Así también, jamás y en ninguna parte se han desarrollado y conservado las nacionalidades por modo más independiente que allí donde la Iglesia ha ejercido su influencia. Si hubiese podido resolverse á doblegar el derecho de las nacionalidades y de las razas en favor de un solo Estado, podría hoy reivindicar toda Italia como propiedad suya, lo mismo que los Estados Pontificios que poseía hacía ya diez siglos. Pero, fiel á su empresa desde el principio, jamás ha variado de conducta. Y así, se ha atenido siempre al principio sentado por Gregorio el Grande<sup>(1)</sup> y Nicolás I, á saber, que el Cristianismo respeta todas las costumbres y todas las instituciones nacionales que no ofrecen pecado.<sup>(2)</sup> Ciegos celadores le han censurado esto mil veces, é historiadores descontentos se lo im-

(1) Gregor. Magn., *Ep.* 11, 76.

(2) Nicol. I., *Responsio ad Bulgaros*, 49.